



Primeros suscritores Sus Magestades y Altezas.

AÑO 2.

TOMO 2.º

NÚM. 46.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs. — Seis meses 54 rs. — Un
año 66 rs.

REDACCION Y ADMINISTRACION:
Congregacion, 1, 2.º izquierda.

Se publica todos los domingos.

Valencia 12 Noviembre 1865.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses
42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero, Cuba y
Puerto-Rico, un año 6 pesos. — América y Asia,
8 á 15.

SUMARIO.

Revista de teatros, por D. Gerónimo Flores.
—Quien mucho abarca poco aprieta, por Don
F. F. Villabrille. —Teatro de Mr. Robin, en
París. —D. Teodoro Martel Fernandez de Cór-
doba, por D. Luis Fabra y Cervera. —Los poetas
italianos: Dante, por D. Teodoro Llorente. —La
peña de Martos: leyenda, por D. José Lamarque
de Novoa. —Un drama en alta mar: novela ori-
ginal, (continuacion) por D. Salvador María de
Fábregues.

Láminas. Teatro de Mr. Robin, en París.
—D. Teodoro Martel Fernandez de Córdoba.

REVISTA DE TEATROS.

Después de las azarasas circunstancias
por que ha atravesado nuestra her-
mosa capital, ha vuelto á renacer en
sus habitantes la paz y la quietud per-
didas; y el bullicio y la alegría ha sustituido
á la soledad que reinaba por doquiera.

Nuestros coliseos han empezado á funcio-
nar, si bien con alguna desanimacion, causa
natural de los tristes recuerdos que lamentan
muchas familias y la ausencia todavia de otras.

El Sr. Diestro, siempre constante en cor-
responder á la galantería del público, nos ha
proporcionado cuatro compañías: de declama-

cion, ópera italiana, zarzuela y baile, las cua-
les han hecho su debut y la de zarzuela con
una obra nueva de la cual nos ocuparemos
otro dia.

La compañía de declamacion abrió las
puertas del aristocrático coliseo con *El Toison
roto*, drama en tres actos y en verso, original
del Excmo. Sr. D. Antonio Hurtado, actual
Gobernador civil de Barcelona.

El acreditado nombre de su autor, y la
fama con que venia precedida de Madrid la
obra, merece que nos ocupemos de ella con
alguna detencion.

El argumento está basado en el reconoci-
miento del vencedor de Lepanto por su her-
mano el señor rey D. Felipe II. Habiendo con-
fiado el emperador Carlos V á D. Luis de
Quijada, el hijo que tuvo en Ratisbona, Don
Luis conservaba como era digno aquel depó-
sito sagrado en una quinta lejos de la corte,
donde vivia acompañado de su hermano Don
Diego que tenia por única hija y heredera á la
hermosa Isabel.

Los dos jóvenes, como era natural, se
amaron desde la infancia, creciendo á la par
en el corazon de D. Juan una noble y digna
ambicion. D. Juan, contra las prescripciones
de su padre adoptivo, fue á la corte acompa-
ñado de su amigo D. Alonso Pimentel, y allí
por librarse de las manos de la justicia, en-
trega á un alcalde de casa y corte el toison
roto que debia identificar su nacimiento. Esta
prenda de gran valia vino á caer en las manos
del monarca y fue causa para que éste bus-
case al bastardo del emperador, cumpliendo
con la última voluntad de su padre. El rey se

presenta encubierto en la quinta de D. Diego
en el momento que D. Luis acababa de negar
á su hermano la mano de D. Juan para su
hija Isabel. El monarca reclama á D. Luis la
prenda que conservaba en depósito, y al ir éste
á reclamársela á D. Juan, confiesa turbado
que la habia entregado al alcalde de casa y
corte. El encubierto exige que se la presenten
al dia siguiente que vendria de nuevo á recla-
marla, y en ello le vá la vida á D. Luis, y á
D. Juan su nombre esclarecido.

Desde este momento empieza la lucha en
el corazon del bastardo real, que se encuentra
huérfano en el mundo, D. Luis se halla opri-
mido por las exigencias de D. Juan y de su
hermano D. Diego, y por las amenazas del
monarca, é Isabel, lamentandolas desgracias de
su amante.

Viene á poner el colmo á esta situacion la
llegada de D. Alonso Pimentel con una carta
de su padre, en la cual pide en nombre del
rey para su hijo, la mano de Isabel, á la que
ya amaba en secreto, y si todavia no fuera
esto suficiente para poner en tortura la situa-
cion de los diferentes personajes, se presenta
de improviso el forastero reclamando de nuevo
la prenda que exigió en el primer acto.

Isabel en medio de su lucha suplica que la
dejen hablar á solas con aquel hombre, por
ver si logra descubrir el enigma, y en esta en-
trevista ella pone de manifiesto su profundo
amor, en tales términos, que el rey, que no es
otro que el forastero, se condele y la promete
que al siguiente dia tendrá en sus manos la
felicidad de D. Juan ó la realizacion de su
amor; y podrá elegir á su placer.

En el acto último la entregan á Isabel una caja con un pliego donde está encerrada la dicha de D. Juan, pero con la condicion de que si se la presenta á su amante lo pierde para siempre.

La digna descendiente de los Quijadas se vence á sí misma y prefiere sacrificar su amor en aras de su amante: el cual, reconocido por el rey, parte á la corte, si bien antes consigue que Isabel entregue su mano á D. Alonso.

Hé aquí resumido el argumento del drama del Sr. Hurtado.

En él hay escenas de un interés altamente dramático y que colocan á su autor entre los de primera línea. Citaremos entre otras la escena XII del acto primero, donde D. Juan descubre que no es hijo de D. Luis; la escena final del segundo acto y la del acto último donde Isabel descubre el misterio que rodea la vida de D. Juan.

Los caracteres están delineados con exactitud, si bien sobresale entre todos el de Don Luis de Quijada, tipo del caballero leal y pundonoroso que prefiere sufrir y verse agoviado por las exigencias de su hermano, de su sobrina y de su hijo D. Juan, antes que revelar el secreto que le confió su monarca en Ratisbona.

Si no fuera por los cortos límites de una revista, no dejaríamos de citar algunos de los bellísimos versos de la escena entre los dos hermanos cuando D. Diego le pide para Isabel la mano de D. Juan; en cambio el carácter de éste deja bastante que desear: D. Juan no es en este drama lo que debiera ser el vencedor de Lepanto, es un joven amante y de nobles sentimientos y nada mas, no presenta en su carácter ningún rasgo que le califique de hijo digno del César.

Isabel es una niña apasionada, pero su amor no se ostenta desde las primeras escenas con toda la expansion que debiera, para no formar contraste con la situación final de la obra.

El carácter del rey no puede menos de estar sobrepuesto al de los demás personajes, por la circunstancia de presentarse raras veces en escena y en situaciones anómalas. Esto lo pudiera haber evitado el autor valiéndose de otro personaje de la corte y no del rey Felipe II, á quien todos conocen por su carácter sombrío y meditabundo y que verdaderamente se vicia en esta obra, pues no es fácil que un monarca como aquel dejara al arbitrio de una muger y muger enamorada, un asunto de tanta importancia como era el reconocimiento de su hermano D. Juan.

Por lo demás, la obra está escrita con un verso castizo y elegante, verso verdaderamente dramático y no con el lirismo que muchos han querido suponer.

Nos hemos detenido demasiado en el exámen de esta obra en gracia de merecerlo ella en sí y el nombre de su autor: á quien le remitimos nuestro cordial parabien, rogándole que no prive al teatro español de obras que pueden enaltecerlo. Los actores que en esta obra tomaron parte hicieron esfuerzos supremos para desempeñarla con acierto, si bien no consiguieron sacar al público de su apatía.

Las riendas del gobierno, fue la segunda producción que se puso en escena en nuestro teatro. Ante todo no consideramos como obra dramática los juguetes de esta naturaleza; así como desechamos los sermones en el teatro, tampoco admitimos las disertaciones políticas; para los primeros tienen los templos su cátedra, y para las segundas está la prensa periódica; pero ya que esta clase de producciones han invadido el teatro como un género especial, podemos decir de la que nos ocupa que su argumento, comprimiéndole un poco, podría reducirse á los límites de una pieza en un acto; sin embargo, en ella está retratada con exactitud una nación en pequeño.

Está sembrada de chistes y alusiones agradables, quizá con demasiada profusión.

El primer actor cómico D. Pedro García, sacó como siempre buen partido de su papel, promoviendo la hilaridad del público que le llamó á escena en el segundo acto.

La Sra. Martín nos pareció mejor en el tercer acto que en los dos primeros, en los cuales se remontó al tono trágico dando al olvido que estaba haciendo una parodia.

La señorita Granados conocida ya del público, gustó como siempre, si bien la recomendamos que no olvide la naturalidad en ciertas escenas.

La calle de la Montera, de nuestro fácil y correcto poeta Narciso Serra, siguió á las dos producciones antedichas.

Las obras del Sr. Serra no pueden juzgarse en conjunto, sino en detalle; pues en ellas no se encontrará el desarrollo perfecto de un plan, pero en cambio tiene escenas que valen por todo un drama.

La calle de la Montera es una producción cortada al estilo de nuestros autores clásicos, y si algun defecto tiene la obra se olvida oyendo su versificación florida y lozana; hay tipos delineados con maestría como el del alcalde Santillana y el del alcalde menor.

La Montera tiene escenas preciosas y de ella supo sacar partido la señorita Granados.

El alcalde menor fue desempeñado con suma gracia por el Sr. García (D. Pedro), así como su hermano D. Juan nos gustó en la escena que tiene con *La Montera* en el primer acto y en todo el tercero.

El Sr. Olona estuvo bien en su papel de amante apasionado, especialmente en el acto segundo.

Todos en general tuvieron momentos dignos de aplauso.

Llegamos, por fin, á la parte mas difícil de nuestra tarea, tal es la de juzgar á un actor desconocido hasta ahora del público valenciano.

D. Antonio Vico, á quien ya habíamos juzgado favorablemente en el vulgarizado drama *D. Juan Tenorio*, se estrenó en el teatro Principal con el drama del Sr. Tamayo *La bola de nieve*.

Este joven actor reúne á su simpática y elegante figura, un verdadero talento artístico, dice con naturalidad y sentimiento, y lo acertadamente que desempeñó el *D. Juan Tenorio* y el D. Luis de *La bola de nieve*, prueba que su talento es á la par que privilegiado, flexible, cosa poco comun en nuestros modernos actores.

El Sr. Vico se presenta con elegancia en escena, sin afectación ridícula, y esto le atrae las simpatías del público.

En *La bola de nieve* caracteriza con suma exactitud su papel, en el primer acto se presentó con cierta frialdad, propia del que se exhibe por vez primera ante un público nuevo; pero merced á su talento artístico, se fue creciendo progresivamente hasta el final del acto último, donde el público le colmó de aplausos llamándole con entusiasmo al palco escénico.

No por lo que llevamos dicho puede considerarse ya al Sr. Vico como un actor consumado, le falta algo todavía, pero también, es muy joven y por eso hoy le consideramos como una legítima esperanza de nuestro teatro español, así como no dudamos considerarle con el tiempo como el primero de sus actores.

No terminaremos sin felicitar al señor Diestro por su buena adquisición.

El Sr. Olona rivalizó con su joven compañero en el papel de D. Fernando y se elevó á una digna altura en la escena penúltima del segundo acto.

Confiamos que el noble estímulo entre estos dos actores, nos proporcionarán agradables momentos en la presente temporada.

La señora Castillo pesea buenas facultades, pero la aconsejamos que prescindiera

en algunas ocasiones de cierto tonillo sentimental, y que hace desmerecer la buena versificación.

La señorita Granados estuvo muy bien en su papel de María, se poseyó perfectamente de su carácter y dijo con espresion y sentimiento muchas escenas, donde no pudimos menos de aplaudirla.

Del Sr. D. Pedro García no podemos decir otra cosa sino que nos gustó como siempre, pues temeríamos si le elogiásemos de nuevo, que se nos tachase de parciales.

La señorita Rosas es otra buena adquisición que ha hecho el señor Diestro, y agradó en su corto papel de criada y se la aplaudió con justicia en el de *Maruja*.

De la señora Martín ya hemos dicho anteriormente y repetimos ahora que no estamos por su tono trágico é inflexible.

La obra en general fue desempeñada con acierto, y nos alegraríamos que todas obtuvieran igual resultado.

La compañía de ópera italiana, á cuyo frente están la mayor parte de los artistas que aplaudimos repetidas veces el año pasado, ha puesto en escena la ópera del maestro Peri, *Vittore Pissani*.

Todo lo mediano que nos pareció el *spar-tito*, la ejecución no podemos menos de decir que fue acertadísima.

La bella señora Passarini, que ha logrado conquistarse el aprecio del público que asiste al teatro Principal, recibió muy merecidos aplausos en el aria del primer acto y en los dos últimos.

Vemos con satisfacción, que lejos de haber desmerecido en sus facultades de artista durante las vacaciones veraniegas, ha adquirido mayor soltura en su manera de presentarse en escena, siendo también digno de aplauso el constante estudio que hace de cuantas óperas, nuevas para ella, se ponen en escena en nuestro teatro.

El Sr. Oliva Pavani cantó con toda la espresion que le es característica, recibiendo nutridos aplausos en la cavaleta del segundo acto.

Del señor Fárvaro no podemos mas que repetir lo que hemos dicho diferentes veces que es todo un verdadero artista, y corrobora esta idea la insistencia de los aplausos en cuantas óperas toma parte.

Ya que de este notable artista hablamos, debemos dar una noticia agradable para el público, y es la de que muy en breve oiremos una zarzuela debida á la pluma de uno de nuestros amigos, y cuya música ha compuesto el señor Fárvaro.

El bajo señor Maini hizo su debut en esta ópera: esperamos verle en alguna otra para poderle juzgar; pero atendida la dificultad que hoy existe de encontrar artistas de este género, notamos en el señor Maini cualidades muy recomendables y que llenarán las exigencias de los dilettanti.

El señor D. Leandro Ruiz coronó el buen éxito de la ópera con su acertada dirección en la orquesta.

De Madrid pocas noticias podemos dar á nuestros lectores.

El lunes, previa invitación de la empresa, se reunieron en la contaduría del teatro Real varios directores de los periódicos de la corte.

El representante del empresario, en un breve discurso, manifestó que el objeto de la reunión era dar seguridades á la prensa y al público de que el Sr. Caballero del Saz se hallaba dispuesto á no perdonar sacrificio de ningún género para satisfacer todas sus exigencias. Que, consecuente con este deseo, habia resuelto no volvieran á aparecer en papeles principales los artistas que habian desagradado, y que para reemplazarlos, el señor Caballero, que ya estaba en tratos con algunos cantantes de reputación, por medio

de Mr. Harris, diputado al efecto, había salido el domingo para París y Milan.

Que contaba contratar á la señora Artot, tan célebre en el mundo musical, la cual suponía estaría en Madrid de aquí á diez días, y que no desesperaba de vencer la resistencia del Sr. Mário, que se escusaba de venir con su deseo de reposo.

Que de todos modos traería un tenor, una tiple y un bajo de *primitivo cartello*, pues estaba decidido á no perdonar sacrificio para ello.

El empresario solicitó la benevolencia de la prensa y la rogó impetrase en su nombre la del público, en tanto llegaban estos refuerzos. Durante este intervalo, se cantarían el *Trovador* y *Rigoletto*, y *Maria di Rohan*, con la señora Rey-Balla y los Sres. Steger, Bonehee-Cottone y Merli, no poniéndose en escena *Macbeth*, que es el gran triunfo de la señora Rey-Balla, porque el empresario desea que el aparato de esta ópera corresponda á su importancia, y este no puede improvisarse, y se prepara en Londres.

Terminó invitando á que se indicaran nombres de artistas, y se haría lo posible para traerlos, aunque hubiera indemnizaciones que pagar si estaban contratados.

Ante tan digna y deferente manifestación, los escritores convocados acordaron unánimemente apoyar á quien así se conducía, y prevenir al público para que no se deje imponer por ciertas cábalas, dispuestas por personas hostiles á la empresa, que acuden al régio coliseo con intención decidida de provocar escándalos que la perjudiquen.

Las demás compañías de declamación y zarzuela vuelven á empezar sus interrumpidas tareas, á escepcion de la que con éxito trabaja en el Príncipe, que ha podido salvar la borrasca de los acontecimientos, dando al público obras en las que han conseguido justos aplausos los notables artistas que en ellas han tomado parte.

Nuestro distinguido amigo y colaborador el eminente poeta D. Antonio García Gutierrez ha tenido el disgusto de ver prohibida la representación de su obra *Juan Lorenzo*, dando que decir á la prensa de Madrid esta medida, de la que su autor ha apelado.

Sensible es en extremo que tras de constantes desvelos por parte de uno de los mas eminentes autores de nuestros días, queden frustradas las legítimas esperanzas del que nunca nos ha presentado en la escena sino asuntos históricos dignos de aplauso. De estrañar es esta medida, tanto mas cuanto hoy se permite faltando hasta lo mas digno que existe en el mundo, que es la moral, presentar ante el público producciones llenas de repugnantes chistes y equívocos nada edificantes, producciones, en fin, que ofenden al oído y á la vista.

Esperamos el resultado, y el tiempo nos dará detalles que hoy con sentimiento ignoramos.

GERONIMO FLORES.

QUIEN MUCHO ABARCA POCO APRIETA.

Uno de los vicios introducidos en nuestro sistema de educación, es la manía de abrazar á la vez tantos y tan variados conocimientos: decimos vicio, porque si á primera vista parece que no conviene esta calificación al deseo de estender la esfera del humano saber, lo es cuando este deseo se reduce al empeño de adquirir los elementos de todas las ciencias sin detenerse en ninguna. Contra esta educación enciclopédica, contra esta imitación estrangera séanos permitido declamar, por los perjuicios que ocasiona á la juventud: ella es

la causa de esa superficialidad engañadora, de esa erudición pedantesca que ostentan despues muchos jóvenes á quienes, si se profundizase en el punto de que se llega á tratar, apenas se hallaría uno por ciento que supiese mas que las generalidades que aprendió en los manuales y diccionarios á la moda. Causa maravilla ver jóvenes que se dedican á estudiar á la vez las matemáticas, el idioma francés, la geografía, la taquigrafía, el dibujo y qué sé yo cuántas cosas mas, obteniendo al fin del curso el mismo resultado, segun dice, que los que sudan y se afanan por instruirse á fondo de una sola materia. Si es cierto, como yo creo, lo que asegura el refran que sirve de encabezamiento á este artículo, ¿cómo podrá fijarse útilmente en una sola materia, la inteligencia que tiene que atender á tantas? No puede negarse la existencia de genios singulares, ni desconocer tampoco que hay talentos extraordinarios, capaces de seguir á la vez y con fruto el curso simultáneo de diferentes estudios; pero estos casos, en el mismo hecho de ser extraordinarios, parece que escluyen la posibilidad de igual ventaja en los que no disfruten esta preeminencia.

Mas fatales todavía son las consecuencias de este vicio sistemático de la educación, cuando se trata de la de aquella parte tan preciosa del género humano: el bello sexo, tan descuidado hasta nuestros días. ¿De qué servirán en el día de infortunio todas esas monadas costosas que se hace aprender á las mugeres y que debieran destinarse para ocupación de personas de alto rango? Ocupaciones son estas que inspiran poco á poco sumo disgusto de las faenas domésticas, juzgándolas propias de una clase inferior y asalariada; ocupaciones á que se dedican tan solo las personas incapaces de emprender con tesón un estudio sério y de pensar siempre en una misma cosa.

Esto es precisamente lo que sucedía á la jovencita Luisa, tan inconstante en sus inclinaciones como en sus estudios. Nunca había querido ella acabar de persuadirse, de que es indispensable concentrar la educación sobre algun objeto de preferencia y de lo útil que es asegurarse el porvenir, y el aprecio de las personas, sobresaliendo todo lo posible en un ramo especial, capaz de crear una posición independiente á despecho de los reveses de fortuna. No sucedía esto ciertamente por culpa de su mamá, pobre viuda, que haría conoía que sus recursos pudieran faltar algun día; pero el ciego cariño que tenía á su hija anulaba todas las determinaciones que pudieran molestarla. Además, Luisa justificaba bajo otros conceptos el cariño de su madre y una caricia suya bastaba para consolar á la buena mamá por triste y pensativa que estuviese.

Luisa nada tenía de perezosa ni de holgazana; trabajaba bien y empleaba perfectamente su tiempo; pero la mala dirección que antes hemos vituperado, el excesivo sentimiento de vanidad de la niña y un amor propio mal entendido la inclinaban irresistiblemente á pasar de un estudio á otro. Todo cuanto veía ejecutar á sus compañeras de colegio, otro tanto quería ella imitar. Tan pronto se dedicaba á la música con ardor extraordinario y sin embargo llegaban á fastidiarla los ejercicios de vocalización: tan pronto se dedicaba con afán á la escritura y sin embargo presentaba á lo mejor á el maestro el diseño de alguna flor, algun pájaro ó paisaje que se había entretenido en delinear. Quería asistir á todas las clases á la vez, mientras le duraba el sentimiento de emulación á que era debido este designio. Aprendía francés, italiano; se ocupaba de historia y geografía; aspiraba al mérito de la composición en prosa y verso y volvía luego con ardor á las artes; pero esta aparente resolu-

ción no era mas que un efecto del entusiasmo de algunas horas.

Celebraban todos la variedad de los conocimientos de Luisa y admiraban la rapidez con que vencía las dificultades del estudio; pero lo cierto es que ella se disgustaba en el momento crítico en que pudiera sacar fruto de sus estudios, siguiéndolos con tesón, y mas cierto todavía, que nuestra joven pasó todo el tiempo que estuvo en el colegio y salió de él, sin un pensamiento dominante que fuese como el centro á que se dirigiesen sus estudios y los esfuerzos de su actividad y su inteligencia.

Pocos años bastaron para trasformar en un estado, próximo á la indigencia, la situación decente en que se había mantenido su mamá. Luisa lo fue conociendo poco á poco, porque ya se hallaba en la edad en que se empieza á distinguir el triste y positivo aspecto bajo el que se nos presenta la vida. A poco de salir del colegio, ya echó de ver que su casa no era tan frecuentada por las visitas, que poco á poco se iba quedando sin sus amigos y que las diversiones y los bailes se acababan para ella. Llegaban sus días y los de su mamá y ni aun una simple targeta recibían, como un recuerdo de los antiguos favorecedores de su casa. Los libros, los cuadernos de música, ya habían desaparecido; el piano y otros muebles que no eran de absoluta necesidad se habían vendido para pagar al casero, que amenazaba con dar una vergonzosa publicidad á la penuria de las dos señoras. Luisa aguantaba sin quejarse el no tener mas gala que un sencillo vestido de percal, al ver que el pañuelo con que su madre salía á la calle estaba todo zurcido y desgastado. Cuando su madre despues de inútiles diligencias volvía á casa sin haber conseguido el dinero que creyó obtener, entonces el desconsuelo era mayor y Luisa comprendía que nuevas privaciones les esperaban.

Ya se deja conocer cuánto padecerían las dos mugeres, y sin embargo, aun les faltaban y tuvieron que sufrir las importunidades y humillaciones de los acreedores. Luisa conoció y su madre no pudo menos de indicárselo, que otras jóvenes como ella encontraban en el trabajo un decoroso medio de subsistencia. La dificultad no estaba en ponerse á trabajar, sino en saber qué ocupación se había de elegir, porque con un profundo sentimiento debemos decir que todos los pasmosos conocimientos de Luisa no servían para nada de provecho. ¿Si al menos la quedase el recurso de dar lecciones?... No había que pensar en semejante cosa: sabía muy poco de música, de baile y de dibujo para ponerse á dar lecciones, y en cuanto á los idiomas, bien averiguado, solo poseía los rudimentos. Ni aun le quedaba el recurso de entrar de oficiala de bordadora ó de modista, porque todas las chucherías que había aprendido en el colegio no bastaban para que se pudiese dedicar á estos oficios sin pasar algun tiempo en el aprendizaje. Hé aquí cómo Luisa que había recibido eso que en el gran mundo se llama una brillante educación, se hallaba á vista de la necesidad peor que la hija de un simple artesano, á la que por lo menos han enseñado un oficio desde su infancia.

Agravaba el sentimiento de Luisa el considerar que la adquisición de sus inútiles habilidades había sido á espensas de los verdaderos conocimientos que una muger debe poseer, y que mientras á otras jóvenes no les hacían cargos porque no supiesen bordar en papel, ni pintar á la aguada, á ella no la perdonaban el que no supiese cortar y coser una camisa á la española. Ni podía ni se resignaba á ejercer una profesión mecánica, á pesar de que la necesidad obligaba á adoptarla, y cuando al fin se decidió á la cosa que mas cuesta arriba se hace á las hijas de Madrid, cual es el ponerse á servir, su madre cayó

enferma y no pudo abandonarla, ni separarse del lecho á donde la habian conducido las pesadumbres y las privaciones.

Solo faltaba esta triste circunstancia para apurar el sufrimiento de las dos infelices mugeres. Estaban agotados todos los recursos, estaban vencidos algunos meses del alquiler del cuarto, estaban ya cansadas las personas que habian proporcionado algun socorro á la madre y la hija, y ya no tenian crédito ni esperanzas en ninguna parte. Luisa conocia todo el horror de su posicion, y sin embargo tenia que ocultarse para llorar por no afligir ni empeorar á su madre: se lamentaba, cuando podia hacerlo, de la pérdida de sus primeros años, y en estos momentos de amargas reflexiones hubiera preferido un oficio útil á todos sus conocimientos vanos é incompletos, á todas aquellas habilidades que para nada sirven cuando se quiere sacar partido de ellas, aquellos adornos que si parecen muy bien en un día de placer, son inútiles y aun enojosos en el día del infortunio. Agoviada con tan tristes pensamientos, concebía los mas disparatados proyectos, su imaginacion se acaloraba, y en la exaltacion de su espíritu llegó á ejecutar una cosa cuya posibilidad, ni aun la hubiera comprendido en los primeros años de su próspera existencia.

Después de haber pasado un día en que no se encendió lumbré en la casa, en que no hubo pan que llevar á la boca, en que su madre careció hasta de las medicinas mas simples para su dolencia, Luisa, así que anocheció, se puso la mantilla y acalorada y llorosa bajó furtivamente las escaleras de su casa.

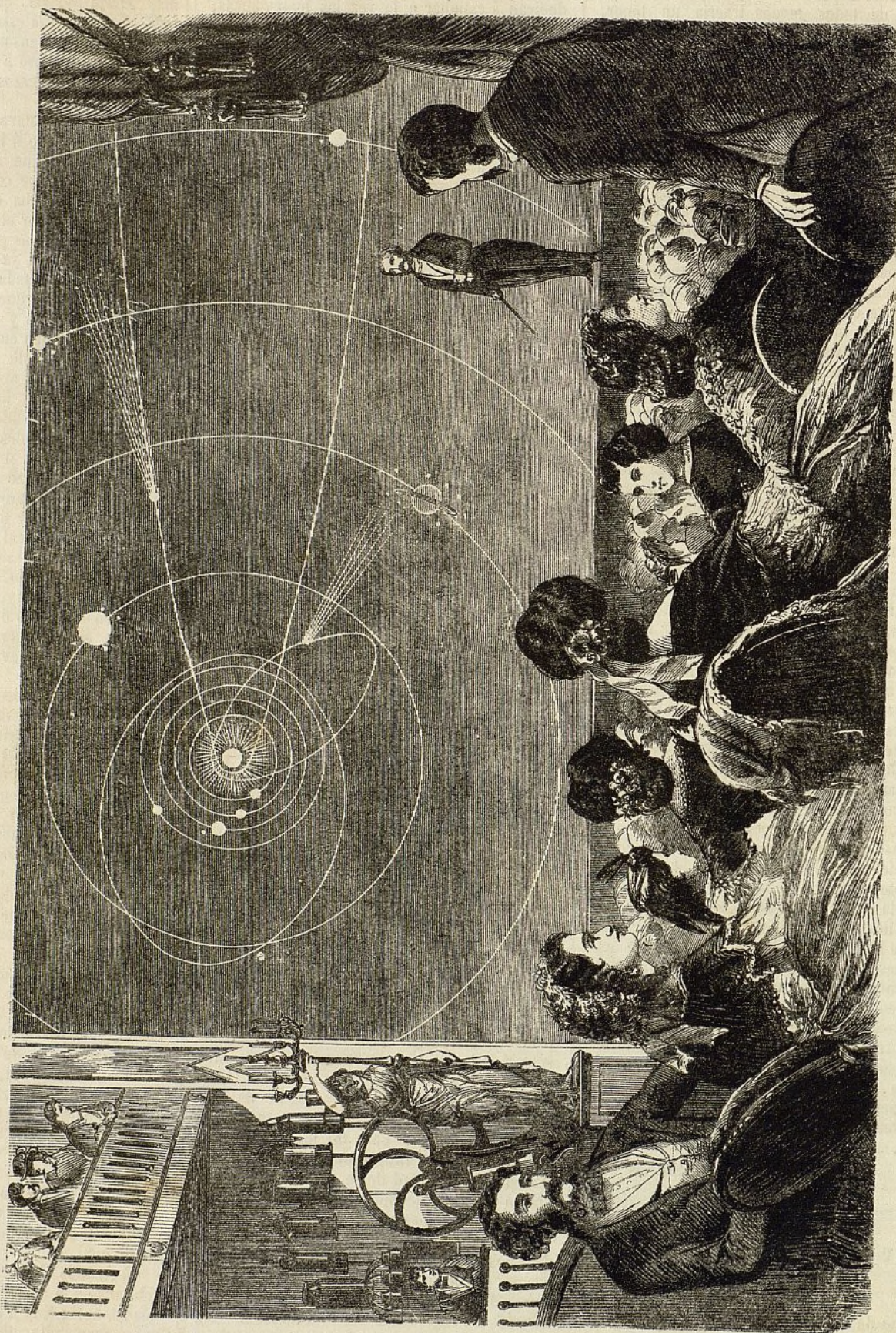
Un cuarto de hora después, arrojada á la pared de la iglesia del Cármen Calzado de esta corte habia una jovencita, de pié derecho y caído el velo de la mantilla, que con voz trémula pedia una limosna por Dios á los que pasaban.

F. F. VILLABRILLE.

TEATRO DE MR. ROBIN, EN PARÍS.

La ciencia descende de su alto pedestal y procura llegar á las clases menos ilustradas de la sociedad por todos los medios; de ma-

dio de una máquina de Ruhmkorff, cuya chispa mata á un hombre, se presentan todos los fenómenos eléctricos, donde se admiran los resultados de la combustion por medio del magnesio, cuya luz es poderosísima; donde el espectador desde su asiento hace una



TEATRO DE MR. ROBIN, EN PARÍS.

nera que el público que asiste á los llamados generalmente teatros mecánicos, al buscar una honesta distraccion, encuentra además una instruccion siquiera sea elemental de los fenómenos de la naturaleza.

En París existen varios de estos teatros, donde además de las funciones de autómatas, las hay de física recreativa, donde por me-

ascension al monte Blanco, ó recorre la tierra Santa, ó examina los fenómenos geológicos para la formación de la tierra; donde admira, en fin, las maravillas celestes representadas en una serie de cuadros astronómicos, compuestos de manera que todos los comprenden, aun los que no poseen nocion alguna de astronomía.

Uno de estos teatros es el de Mr. Robin y la lámina que publicamos en este número da una idea exacta de sus cuadros astronómicos.

Los valencianos tuvieron ocasión de admirar hace pocos años estos cuadros y otros muchos no menos curiosos, en el teatro mecánico de los Países-Bajos, que estuvo establecido por algún tiempo en la plaza de San Francisco.

D. TEODORO MARTEL FERNANDEZ DE CÓRDOBA.

Así como el hombre en el breve periodo de su existencia nos presenta modificado su carácter, (si bien en el fondo sea el mismo) efecto de las impresiones que sucesivamente recibe, así cada época tiene sus manifestaciones especiales y su manera de ser, aunque en el fondo exista la identidad.

Esto mismo demostraron los Griegos en su Teogonía particular, inventando al efecto cuatro edades: la de oro, la de plata, la de cobre y la de hierro; y en esta última los vicios y la mala fe, sustituyeron á las virtudes y á la inocencia de la primera.

¿En cuál de estas edades, nos colocaremos nosotros, hijos del siglo XIX?

Hé aquí el problema. Pero si nos examinamos desapasionadamente, haciendo abstracción de nuestro amor propio exagerado, no podremos menos de convenir, en que, nos encontramos en la última de la Teogonía de los Griegos.

No vivimos en un siglo de héroes; pero en cambio respiramos entre agiotistas y especuladores; no es el móvil de la gloria el que hoy conduce á la realización de grandes empresas, sino el interés particular de cada uno.

Si existen almas elevadas que deseando salir de esta atmósfera viciosa se remontan en alas de su fantasía, el mundo las tacha de ilusas y visionarias; y se necesita una gran fuerza de voluntad para no cejar en la empresa, antes que ceder al espíritu de imitación tan desarrollado en nuestros días.

El escritor público no busca hoy la recompensa á sus trabajos en la satisfacción de su conciencia íntima, sino en el aplauso de sus semejantes; y como el gusto de estos está maleado, de aquí esos abortos del ingenio que solo viven un momento, y aun para mengua de la literatura patria.

Añadamos á esto, que el escritor público generalmente no es de esos seres á quienes la fortuna sonríe con predilección y tendremos un argumento en favor suyo: y las clases elevadas que podían dedicarse al cultivo de las letras sin temor á ese contagio, viven en medio de la indiferencia del siglo conservando limpios los blasones de sus antepasados, pero sin añadirles nuevos timbres.

Por eso no podemos menos de aplaudir, al que, venciendo tan tristes preocupaciones, desde su encumbrada posición no se desdén de pulsar la lira del poeta, traduciendo en



D. TEODORO MARTEL FERNANDEZ DE CÓRDOBA.

elegantes y armoniosos versos, los raudales de sentimiento que brotan de su alma.

D. Teodoro Martel Fernandez de Córdoba, es uno de esos jóvenes á quienes la suerte sonrió desde la cuna: hijo segundo de los señores condes de Torres-Cabrera, no necesitaba para brillar en sociedad mas que del elevado rango en que por su nacimiento se hallaba colocado. Pero su alma entusiasta ansiaba adquirir otro renombre; y no buscó este ni en el estrépito de las armas ni en las miserables luchas de nuestra rastro política, donde podía haber sobresalido con justicia, atendido su claro talento y la posición de su familia. Su alma sencilla necesitaba de otro estímulo mas noble; donde el hombre se ostenta en toda la plenitud de su sér, por acercarse mas á su Criador; esto es, en las lides del ingenio. Y si todavía no se ha conquistado el lugar que le corresponde, no podemos menos de culpar á sus pocos años. Pues como dice ocupándose de él otro escritor: «D. Teodoro Martel Fernandez de Córdoba, es uno de esos jóvenes que no debe apreciarse por sus obras, que revelan una modestia inusitada; el Sr. Martel debe apreciarse por las esperanzas de que algún día no ha de ser estéril su paso por nuestra literatura.»

Nació nuestro poeta en Córdoba el año 1836.

Hay países destinados á servir de cuna á las artes liberales; y si Italia lo es de Europa, la Andalucía lo es á su vez de la Península Ibérica. Concretándonos á la referida ciudad, convendremos en que ella ha dado hijos que han honrado el idioma de Horacio y de Virgilio, y otros mas tarde han ilustrado nuestro Parnaso español.

Su clima benigno y suave, la naturaleza privilegiada de suelo, los recuerdos históricos que encierra y la belleza oriental de sus mugeres, son suficientes para exaltar las imaginaciones mas apáticas, y á derramar hasta en las escenas domésticas ese tinte poético que contribuye á embellecer la vida.

En su ciudad natal, cursó el Sr. Martel

la Latinidad y la Filosofía.

Y venciendo la vulgar preocupación que existe generalmente entre las clases elevadas, de que no es necesaria una gran instrucción para figurar en sociedad, el Sr. Martel se trasladó á la corte, donde se dedicó al estudio de varias asignaturas. De vuelta á su país, se entregó con afán (y continúa con igual entusiasmo) al estudio de nuestros mejores clásicos; y en esas fuentes ha bebido la inspiración y el buen gusto que sabe imprimir á sus composiciones, como habrán podido apreciar los suscritores al Museo, cuyas columnas se han visto favorecidas mas de una vez con su firma.

En *La Revista Cordobesa*, periódico que vió la luz pública en Córdoba hácia el año 1860, bajo la dirección del inteligente conde de Torres-Cabrera, hermano del Sr. Martel, fue donde este empezó á lucir las galas de su ingenio, y mas tarde, en las

reuniones literarias que daba en su casa el referido conde, y que contribuyeron á la repetición de los Juegos florales celebrados con gran aceptación.

«En estas luchas de la inteligencia (como dice el autor antes citado) fue donde el señor Martel se presentó como campeón aguerido.

Allí fueron premiados sus dos cantos épicos *A la prision de Boabdil*, y *A la defensa de Astapa*, y estos estímulos le alentaron á escribir el poema *Cristóbal Colon*.

Después de esto, el nombre del Sr. Martel no podía pasar desapercibido á pesar de su natural modestia; y la Real Academia Sevillana, le invitó á escribir una oda *A Murillo* por la que fue nombrado socio correspondiente de la misma. Su magnífica oda *A la Resurrección del Señor* le valió el título de académico, de la de Bellas ciencias y nobles artes de Córdoba; y por la que escribió bajo el epígrafe *Al nacimiento de Jesus*, fue nombrado individuo de la academia de Bellas letras de Granada.

Entonces, y á instancias de sus amigos se decidió el Sr. Martel á coleccionar sus poesías, que vieron la luz pública en un tomo titulado *Ensayos poéticos* y del cual ya se han ocupado otros escritores.

También ha figurado como redactor, en *La Revista Cordobesa* antes citada, en el *Diario* de Córdoba, *Crónica* de Salamanca y otras varias publicaciones; y posteriormente ha escrito como colaborador, en *La Revista sevillana*, en *El Oriente*, *Correo de la moda* y en nuestro semanario.

El Sr. Martel ha querido por fin probar la flexibilidad de su talento; y al efecto tiene escritas varias obras dramáticas, entre las que figuran un drama titulado *Una palabra empeñada* y dos piezas en un acto con los títulos de *La estación de Almansa* y *Si alguno se salvará*. No dudamos verlas puestas con aplauso en escena, enlazando de este modo los laudes de escritor dramático, á los de poeta lírico que ya tiene adquiridos.

Entre sus composiciones inéditas figura una magnífica leyenda fantástica, titulada *La*

Cueva de la negra y otras varias composiciones, que esperamos que el público juzgará favorablemente cuando se den á la estampa.

No terminaremos nuestra misión de biógrafos, sin dejar de aconsejar al Sr. Martel, que continúe en su carrera tan brillantemente comenzada, hasta conquistarse el lugar que en justicia le corresponde entre nuestros distinguidos literatos.

LUIS FABRA Y CAVERO.

LOS POETAS ITALIANOS.

III.

DANTE.

I.

En el revuelto caos de la edad media, en aquella fermentación continua en que iban lentamente elaborándose los diversos y encontrados principios, cuya armonía ha de formar la perfección de la sociedad moderna, solo había una idea madre, en la que de cierto modo se encerraban todos los pensamientos que hacia brotar en su magnífica variedad la nueva civilización; solo había una institución que ligase las instituciones varias que en continuada lucha se repelían: aquella idea era la idea cristiana, aquella institución era la Iglesia. ¿Queremos ver en la esfera del arte la multiplicidad moderna concentrada por el catolicismo en una sublime unidad? La vida entera de aquellos siglos ha tomado forma material en las *catedrales*: grabadas en piedra están en ellas todas las ideas de una generación; todas las ciencias y artes se han reunido para formar esas enciclopedias de aquellos tiempos. Al rededor del altar del Dios único se agrupan los ángeles, las vírgenes y los santos, los obispos y los guerreros tendidos sobre sus sepulcros, los diábolos y los monstruos que se asoman entre los pilares como una tentación. La arquitectura, la escultura y la pintura se unen para expresar con signos sensibles misterios pavorosos y puros sentimientos. A poca distancia del púlpito, desde donde se difunde la ciencia práctica de la vida, está la biblioteca, donde los iniciados se arman con las agudezas del escolasticismo. En un tablado, á la puerta del templo, hace sus primeros ensayos el arte dramático, y bajo las sagradas bóvedas la música adquiere una magestad y un espiritualismo desconocidos; y sobre aquel monumento simbólico, en el que se unen la religión, la ciencia y el arte, se elevan, como las aspiraciones de los fieles, las atrevidas agujas, á la región serena de los cielos.

Si es propio de las sociedades jóvenes, en las que el entusiasmo y la fe ocupan el lugar del raciocinio y el análisis, formar de todos los elementos de su civilización sus inspiradas epopeyas, la edad media ha seguido esta ley elevando con estrofas de piedra unos poemas admirables. Pero una inteligencia poderosa arrancó el pensamiento de la piedra, y dijo en divinos versos lo que expresaban el mármol y el lienzo en su mudo lenguaje: la *comedia* del Dante es el poema escrito que con formas materiales hemos visto en la *catedral*. ¡Y preguntan los preceptistas por qué su obra no puede medirse con el estrecho compás de Horacio! ¿Concebís á las razas del Norte adorando al Dios de la Escritura en el pórtico elegante del Partenón?

A la inspiración de su época ha unido Dante el elemento de su propia personalidad; su alma y la de su siglo se juntan para formar el alma de su obra, y así, nos representa al hombre bajo su doble carácter, como ser social y como individuo. Su libro se presta á varias interpretaciones, porque ha sido inspirado por varios órdenes de ideas;

pero tres pensamientos son los que sobre él dominan: el amor, la ciencia y la política.

En el mes de Mayo de 1274 se celebraba en Florencia una festividad doméstica en casa del noble Folco di Portinari. Los Alighieri asistieron á ella, y Dante, que tenía nueve años, vió allí á Beatrice, hija de Folco, que solo contaba ocho, era muy hermosa y tenía mas gravedad que su corta edad prometía. Nueve años despues volvió á encontrar al joven Dante, fijó sus ojos en él, y le saludó cortesmente. El amor reveló entonces su genio al poeta, y la hermosura de Beatriz fue el objeto de sus sonetos y canzonis. Nueve años despues murió, sin corresponder á su pasión y casada con un esposo querido. El intenso dolor de su amante hizo que mil visiones escitasen su enferma imaginación, y queriendo que todos tomasen parte en su aflicción anunció á los príncipes del mundo que Dios había llamado á su seno aquella alma, digna solo del cielo; y detenía á los peregrinos que iban á Roma «pensando quizás en cosas que no tenían presentes» para que oyesen de Beatriz aquellas palabras que tienen la virtud de hacer llorar á los que las escuchan. Pero despues tuvo «una maravillosa vision en la que vió cosas que le hicieron tomar la resolución de no decir nada sobre aquella bienaventurada hasta que pudiese hablar mas dignamente de ella, y se dedicó tenazmente al estudio para decir de ella lo que jamás se ha dicho de ninguna mujer.»

Hé aquí el amor de Dante: su sencillo relato nos abre un mundo nuevo de poesía. ¡Qué pequeño y grosero nos parece el delirio desenfrenado de Safo, los muelles suspiros de Tíbul y Propertio y hasta el dolor frenético de Dido, ante aquella profunda y misteriosa pasión, que no tomando nada á los sentidos, se incrusta en el alma del amante y llena su existencia! En la *Vita nuova* nos ha contado Dante sus amores, amores nuevos, amores cristianos; este libro es uno de esos delicados análisis del corazón que no conocieron los antiguos: sin salir de la esfera del sentimiento individual, halla en él materia suficiente para interesarnos con ese profundo interés que escitan todas las confesiones, desde las de San Agustín hasta las de Juan Jacobo.

En las ciencias encontró Dante un objeto digno de su incansable actividad, y Brunetto Latino, que había hacinado en el *Tesoro* todos los conocimientos de la época, le inició en la metafísica de las escuelas. Como la Iglesia en el orden social, en el intelectual la teología había dado la unidad que la reciente civilización necesitaba, y en el seno de la ciencia sagrada se desarrollaban todas las ciencias. La teología fue, pues, el principal estudio del Dante, y formó la base de su poema, que no es mas que una poética esplanación del sistema cristiano de los escolásticos. Es verdad que en él se halla cuanto en su tiempo se sabía, y aun cosas que no eran conocidas generalmente, como la ley de gravedad terrestre, las propiedades del imán, la generación de las plantas, las estrellas australes, el influjo de la luna en las mareas, etc., etc.; pero todos esos preciosos datos se encuentran por casualidad indicados entre las disertaciones metafísicas sobre la gracia, el libre albedrío, el mal moral, la redención y demás cuestiones que dividían á las iglesias y universidades.

La ciencia y el amor, la inteligencia y la inspiración bastaban para formar del Dante un gran poeta; mas para que fuese el cantor de su siglo, el fiel representante de la edad media, era preciso que sintiese las rudas emociones, los odios fratricidas de las luchas civiles; y su carácter altivo y enérgico acabó de adquirir su temple extraordinario en las violencias brutales de una época de fuerza desordenada, y en los terribles infortunios que, como maldición eterna del orgullo del genio, pesaron sobre su frente.

La cuestión religiosa, uniéndose á la política produjo la lucha de la Italia con la Ale-

mania, de la Iglesia romana con el Imperio, y el triunfo de los güelfos entregó á sí mismas á las municipalidades rebeldes; pero su reconquistada libertad no estaba asentada sobre las sólidas bases de la razón y la justicia; no era una fraternidad patriótica, sino la victoria de una bandería ambiciosa; no era el triunfo del espíritu de nacionalidad, sino el de los celos de las localidades: así es, que la gloriosa lucha contra los tudescos se convirtió en otra lucha de rivalidad entre los comunes vecinos; y aun dentro de unos mismos muros, las rencillas de los gremios armados ó de las familias dominantes ensangrentaban las casas de los ciudadanos, convertidas en fortalezas. Esto produjo una reacción en las ideas, que dió por resultados sucesivos la elección de los *podestás*, dictadores populares y legales; la usurpación de los nobles, que fueron convirtiendo en principados hereditarios las turbulentas repúblicas, y el deseo de una nueva dominación imperial que diese unidad y fuerza á la dividida Italia. Estas eran las tendencias de los *blancos*, que en Florencia luchaban con los *negros*, los cuales conservaban en su puritanismo las doctrinas güelfas. En aquel partido estaban afiliados los Alighieri, y Dante tomó una parte activa en todas sus contiendas, hasta colocarse al frente de él con su saber y energía. Desempeñó elevados cargos, en los que le hizo odiosa su rígida severidad, y la victoria de los *blancos* le lanzó al destierro. El pan amargo de la emigración acabó de agriar el genio irritable del poeta, que lleno de entusiasmo por su causa solo veía en todas partes partidarios venales y egoístas (1), y maldijo á su patria corrompida llamándose *Florentinus natione, non moribus*, y exclamó en su cólera violenta: «Esclava Italia, mansión del dolor, nave sin piloto, batida por la tormenta; no reina de las naciones sino meretriz de ellas... ¿Qué importa que Justiniano te hiciese morder el freno, si hoy su silla está vacía? Alberto, ¿por qué dejas que esta bestia salvaje se ensobrezca y no le claves en los ijares tus espuelas? El cielo te castigará por tu inacción, pues así abandonas el jardín del imperio.»

No nos estrañe ver al poeta nacional de la Italia pedir cadenas para su patria: el genio se adelanta siempre á su siglo, y Dante comprendía que la última hora de la independencia municipal había sonado, que la libertad de los comunes era un obstáculo á la concentración de las fuerzas sociales que había de crear las nacionalidades modernas; y al ensalzar al imperio, vislumbraba aquella idea de una gran monarquía, reflejo sobre la tierra del poder divino, que destruyendo las aristocracias, proclamase la igualdad del derecho, de la razón y de la justicia. Todas estas ideas que los jurisconsultos, nuevo poder en la sociedad, iban generalizando, sacándolas del derecho romano imperial, se reunieron en la cabeza del Dante en un sistema que espuso en su libro de *monarchia*, y con el tiempo fue realizado por el absolutismo de derecho divino. Si las desgracias de un destierro que se prolongó por toda su vida, le hicieron olvidar que su único anhelo era la felicidad de su patria, y le arrancaron imprecaciones contra ella, se le debe perdonar por

(1) Hé aquí cómo el abuelo de Dante le pronostica sus desgracias en el *Purgatorio*:

Tu lascerai ogui cosa diletta
Piú caramente, e questo è quello estrale
Che l'arco del esilio pria saetta.
Tu proverà si come sa di sale
Lo pane altrui, e com'è duro calle
Lo scender c'el salir per l'altrui scale.
Et quel che più ti graverà le spalle
Sarà la compagnia malvagia et scempia
Con la qual tu cadrai in questo valle.
Che tutta ingrata, tutta matta et empia
Si fara contra te.

lo que sufrió: nunca se apartaba de su imaginación su hermoso *San Juan*, y su deseo más ardiente era volverlo á ver, pero su orgullo no le permitió acceder á las humillantes condiciones que para ello se le impusieron.

Aquel espíritu arrebatado, estremado en sus raptos de odio y en la ternura de su infantil cariño, aquella sed de venganza y aquella altivez desdeñosa (1) hicieron del Dante el tipo de los caracteres irritables y violentos, pero ingenuos y sencillos, de la edad media: aun hoy vemos en sus bustos como las huellas del fuego de su infierno, el sello de las grandes pasiones que hoy no inflaman ya nuestros corazones en bien ni en mal.

TEODORO LLORENTE.

LA PEÑA DE MARTOS.

Leyenda.

Á MI QUERIDO AMIGO

el eminente orientalista

SEÑOR D. LEON CARBONERO SOL,

en prueba de consideracion y aprecio.

I.

La muerte del valido.

Gran tumulto hay en Palencia,
Nobleza y plebe se agitan,
Un triste acontecimiento
La mente de todos fija,
Y hacia la morada régia
Las turbas se precipitan.
Allí el cadáver de un hombre
En el umbral se divisa,
El rostro desfigurado,
Bañado en su sangre misma,
Que horror y lástima á un tiempo
Al contemplarle infundia;
El pueblo le reconoce...
Noble, muy noble es la víctima;
De régia estirpe descendiendo,
La plebe su fausto admira,
Y valido del monarca
Los cortesanos lo envidian,
Es D. Juan de Benavides,
Poderosa es su familia;
Venganza tomará el rey,
Dios al matador asista.

Presto la noticia cunde
De maldad tan inaudita,
Y al palacio presurosos,
Alarde haciendo á porfia
De lealtad, acuden condes,
Caballeros de alta guisa,
Hijos-dalgos y escuderos,
Y el clero también envía
Representantes que espresen
Al monarca de Castilla
El dolor que experimenta;
La indignación que le anima
Contra el autor ignorado
De tan fiera alevosía.

Ya en el salón de consejos
Reunidos todos se miran,
Y con inquietud esperan
Del monarca la venida;
Hay algunos que en voz baja
Sobre el hecho mil noticias
Increíbles aventuran:
Quién del suceso la intriga
De algún monarca extranjero
Dá por causa, quien la envidia
De un magnate, cuyo nombre

(1) «Questo Dante per suo sapere fu alquanto presuntuoso, e schifo e disdegnoso, e quasi a guisa di Filosofo mal gratioso non bene sapeba conversare co' laici» Villani.

Boccaccio, que conoció al Dante, nos ha dejado su retrato. «Fu questo nostro Poeta, dice, di mezzana statura; e poiché alla matura età fu pervenuto, andò alquanto gravetto, et era il suo andar grave e mansueto, di onestissimi panni sempre vestito, in quello abito che era alla sua matura età convenevole: il suo volto fu lungo, il naso aquilino, gli occhi anzi grossi che piccioli, le mascelle grandi, e dal labbro di sotto era quel di sopra avanzato: il colore era bruno, i capelli e la barba spessi, neri e crespi e sempre nella faccia malinconico e pensoso.»

Mentar espuesto seria,
Y no falta quien le achaque
A la anhelante codicia
Que en los deudos del finado
Sus riquezas encendian;
Que por gozallas mas presto
Fraguaron tal villanía.
Mas todos, todos presienten
Que atroz será la justicia
Y con misterio murmuran:
«Noble, muy noble es la víctima,
Y el rey tomará venganza;
Dios al matador asista.»

II.

La sospecha.

Abrióse al fin una puerta
De la estensa y régia estancia,
Y un paje anunció á la corte
La presencia del monarca.
Vistiendo acerada cota
Y sobre ella, de escarlata
Rica túnica, de oro
Y zafiros recamada,
Y en sus hombros régio manto
De velludo, do resaltan
Esmeraldas y rubíes
Y blancas pieles de Arabia;
De fino temple, al costado
Ciñendo tajante espada
Y á sus sienes real diadema
Cuyo brillo al sol iguala,
El rey D. Fernando el cuarto
De su corte á las miradas,
Mostróse con faz severa
Y con gentil arrogancia,
Todos á su paso inclinan.
La frente; cada uno aguarda
Para sí grato saludo
O tal vez una palabra
Del rey... pero en vano: él sigue
Mudo y severo su marcha,
Y preocupado subiendo
Del alto solio las gradas,
Siéntase, y con voz que indica
La mal comprimida rabia,
Así con pausado tono
A sus cortesanos habla:
«Prelados y nobles condes,
Ricos-homes que la guarda
Y defensa habeis del reino,
Caballeros cuya espada
Blandisteis siempre en defensa
De justas y buenas causas,
Y vosotros servidores
De mi persona y real casa,
Publicad, si lo sabeis,
El nombre del que villana
Y torpemente ha manchado
Sus manos, de sangre avaras
En la del fiel Benavides
A las puertas de mi alcázar.
Decidme quién fue el malvado
Que inventó tan negra trama
Contra el mejor caballero,
Con que Castilla se honraba.
Decidlo, decidlo presto,
Una sospecha me basta,
Pues os juro por quien soy
Que su cabeza en la plaza
Rodará, y hasta sus nietos
Ha de alcanzar mi venganza.»

Siguió silencio profundo
A esta terrible amenaza;
Ninguno en el rey airado
La vista fijar osaba,
Y en vez de hombres, parecían
Los cortesanos estatuas.
—¿No hay ninguno que conozca
Al autor de tal infamia?—

Prosiguió con ronco acento
El irritado monarca;
¿O es que el temor vuestras lenguas
Con lazos indignos ata?
¿Impune quedará el crimen?
¿Libre el matador? ¡oh rabia!
Mas ¡qué luz! ¡ah! ya adivino:
No hay duda, siempre sus casas
Rivales fueron; vencidos
Los ví por su fuerte lanza;
Ellos son... los Carvajales;
Con esta tan noble hazaña
Borrar quisieron la afrenta
Que el vencimiento les causa.
¡Traidores! ah, yo les juro

Que el manto de Calatrava
El verdugo de sus hombros
Ha de arrancar: deshonrada
Su estirpe verán, y luego....
Dios se apiade de sus almas.»
Dijo: despidió á su corte
Con inseguras palabras,
E internóse macilento
Por las vecinas estancias.

Cual hojas del viento heridas
Los cortesanos temblaban,
Mudos de terror oyeron
La sentencia fulminada,
Y al abandonar sumisos
El régio y suntuoso alcázar,
Llenos de temor y dudas
Con ténue voz murmuraban:
«¿Será verdad? ¿Y los hijos
De familia tan preclara
Habrán sobre ella intentado
Echar tan horrible mancha?
Tal vez injustas sospechas....
¡Oh, qué golpe les aguarda!
Sí, morirán.... ¡dura suerte!
Su sentencia está dictada,
Que el rey D. Fernando el cuarto
Es terrible en sus venganzas.»

(Se continuará.)

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

UN DRAMA EN ALTA MAR.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Continuacion.)

Irma y Arturo continuaban su conversacion en español. En los ojos de la primera destellaban la alegría y felicidad. Arturo se mostraba también contento y feliz. La nube de sombría tristeza que cubría su semblante, habia desaparecido para dar lugar á una tranquila calma, y á la dicha más completa.

El príncipe, aunque aparentaba no fijarse en lo que su hija hacia, no le pasaba desapercibida la felicidad de que Irma disfrutaba. Su corazón de padre habia adivinado ya este amor, y considerando á Lara digno de su hija, dejaba que sus jóvenes almas se comprendiesen y se comunicasen.

Lady N..., siguiendo su conversacion con el príncipe, el doctor y Brunschi, no perdía una palabra de la que en voz alta y en español tenían Irma y Arturo. Ella sola podía entenderla, por eso dos ó tres veces frunció las cejas, y demostró con un leve movimiento de celos no serle grato lo que hablaban los dos jóvenes.

Las once eran ya, sirvióse el thé, y después de haber conversado algunos minutos más, la reunion se disolvió. Los dos coroneles que habíamos dejado sobre cubierta, estaban ya con los demás á última hora.

Lara se despidió de Irma con palabras las más cariñosas que el vocabulario amoroso puede proporcionar á un joven enamorado. La hermosa joven le tendió su pequeña mano, que Lara besó con amorosa efusion.

El príncipe se despidió de Arturo de una manera más afectuosa que de costumbre.

X.

Al otro día.

¡Cuán largas son las horas cuando se ama!

Siempre nos parece que hace una eternidad que no hemos visto á nuestro amor y aun no hace una hora que nos hemos separado de la muger que posee nuestro corazón.

Así le sucedía á Arturo. Acababa de separarse de Irma y le parecía que hacia mucho tiempo que no la habia visto.

Como el fénix que renace de sus cenizas,

así de las reminiscencias del amor que Arturo había sentido por Leonor, había nacido una nueva pasión por Irma.

Leonor no podía competir en nada con Irma y hasta sus bellezas eran distintas, como lo habían sido las educaciones que habían recibido. La una empezó por donde la otra concluía. Leonor cuando amó á Arturo había ya amado, si no en la realidad, en la forma, porque es de suponer que una mujer que se casa, poco ó mucho ame á su marido y aunque su amor solo dure quince días al fin y al cabo es amor. Esta era la ventaja que Irma tenía sobre Leonor. Su corazón virgen aun de todo sentimiento había sucumbido á esa magnética atracción que nos conduce en pos de un sér al que tal vez por propia voluntad ni siquiera miráramos. ¡Es tan misterioso el corazón humano!

Irma y Arturo habían nacido el uno para el otro. Irma era la mujer que Arturo se había forjado en sus sueños y que había creído hallar en Leonor. Arturo era el bello ideal de la fantástica imaginación y del puro corazón de Irma. ¡Qué extraño que sus almas se comprendieran! Tampoco lo era que el inagotable consuelo que Irma vertía por todas partes, absorbiese las penas del alma de Lara, dejando en su lugar ese tierno sentimiento que una mujer bella y candorosa inspira siempre, al hombre que tiene corazón.

Lara estaba regenerado, era ya otro hombre; así se lo manifestaba al día siguiente á su amigo Amadeo, que por su buena y leal amistad no merecía que se tuviesen secretos para él. Laubespierre le escuchó con semblante triste.

—Siento, querido Arturo, tener que amargar algún tanto vuestra felicidad, pero aun cuando amemos á la mujer, no debemos por eso amar menos nuestro honor y el vuestro ya sabéis lo que exigía.

—Mi duelo con lord N.... ¿No es verdad? Pues no lo he olvidado y os aseguro que ahora menos que nunca siento aversión por ese fiero leopardo. Sin embargo, me batiré.

—Pues está convenido para esta noche, y advertid que lord N.... quiere que sea á muerte y que de ahí no desiste.

—Bien, nos batiremos como quiera. Yo no pienso quitarle de enmedio, y en cuanto á mí me hallo dispuesto á defender mi vida, porque no quiero tampoco que vea realizados sus planes.

—Me place, Arturo, veros animado de esos sentimientos; pero como el batirse es una cosa bastante formal, os ruego tengáis en cuenta las consecuencias y que por lo tanto arregléis vuestros asuntos. Yo ya lo he hecho por si tengo que batirme después que vos.

—Diantre, y no sois poco previsor, Amadeo. —El coronel Rakowski me ha enseñado á serlo, y os aseguro que piensa muy bien y tiene muy buen juicio.

—Corriente, os complaceré.

Esta conversación tenía lugar al día siguiente de los acontecimientos que hemos referido en los capítulos anteriores, en el camarote de Lara y cuando este acababa de levantarse.

Amadeo enteró á su amigo de las condiciones del duelo, aunque se calló el plan que con Rakowski habían convenido. Lara las aprobó todas. Después de esto, concluido su tocador de mañana salieron fuera.

La mañana transcurrió sin la menor novedad. Los dos amigos la pasaron en el salón de lectura entretenidos revistando los folletos y periódicos que cubrían la gran mesa que había en él. Irma no pareció hasta la tarde. Estaba algo pálida, y sus ojos tenían una aureola como la que produce el insomnio.

Lara corrió á su encuentro y estrechó y besó su mano, que ella le tendió en seguida.

Irma contestó al saludo de Laubespierre que discretamente se separó del lado de su

amigo. Los dos amantes empezaron su conversación en el acostumbrado idioma.

El lenguaje del amor tiene tanta y tanta poesía que no hay pluma que pueda transcribirlo con toda su galanura, por eso pasamos por alto la conversación de Irma y Arturo y mientras los dejamos entregados á las delicias de su amor, seguiremos al coronel Laubespierre. Este fue á encontrar á su colega Rakowski. El edecán del príncipe Wasilioski estaba ya fumando sobre cubierta.

—¿Qué hay de nuevo, coronel?

—Nada, contestó el interpelado. He avisado al doctor y á Brunski y están conformes en ser testigos de lord N....

—¿Y lo demás?

—Ya está prevenido.

—Pues con vuestro permiso voy á mi camarote; tengo algo que hacer.

La tarde se pasó como se había pasado la mañana; la comida fue mas animada que la del día anterior. Lord N.... no dejó por eso de dirigir torvas miradas á su mujer y á Lara que no se fijaba en ellos, tan embebido se hallaba en la contemplación de la bella Irma, que sentada á su lado como la noche anterior estaba radiante de felicidad y de hermosura.

Laubespierre bebía sendos tragos de Borgoña. El príncipe y el doctor observaban, el diplomático y Rakowski comían. Lady N.... estaba mas pálida y triste que de costumbre.

XI.

Un duelo y una tempestad.

La noche se presentaba tempestuosa. Negros nubarrones encapotaban la atmósfera y cubrían el argentado disco de la reina de los amores que se hallaba en plenilunio. De cuando en cuando, rápidas exhalaciones cruzaban el espacio y retumbaba el trueno á lo lejos. Empero el mar estaba tranquilo, pero con esa tranquilidad precursora de la tormenta. El tiempo estaba de mal cariz, y el capitán del *Caradoc*, subido sobre los toldos, estudiaba el rumbo que llevaban las nubes que amenazaban una tempestad. Por lo demás, ninguna novedad particular se notaba á bordo.

Arturo en su camarote sentado delante de su pupitré escribía.

Cuando concluyó llamó á su criado. Este se presentó; era un soldado del cuerpo de zapadores españoles.

—¿Qué tiene que mandarme usía? dijo con esa urbanidad propia de soldados españoles.

—Meliton, le dijo Lara, tengo confianza en tí y sé que cumplirás fielmente el encargo que te voy á hacer.

—Mi coronel, puede usía disponer de mí á su arbitrio.

—Ya lo sé. Si mañana no te he llamado para que me la devuelvas, entregarás esta carta á alguna de las doncellas de la hija del príncipe ruso y si tienes ocasión á ella misma.

—Cumpliré sus órdenes, mi coronel.

—Además, en esta cajita se hallarán mis papeles, dijo Lara enseñándole una de palo rosa que guardó en su pupitré; entre ellos se encontrarán mis últimas disposiciones.

—Mi coronel, perdóneme usía la curiosidad; pero todos esos preparativos me indican que va usía á correr algún peligro y yo quisiera que usía me dispensase el favor de participar de él, porque allá donde vaya mi coronel debe seguirle su fiel asistente y perecer antes que perezca él.

—Gracias, buen Meliton, gracias, no hay nada de lo que tú crees. Retírate, no te necesito mas por ahora.

El soldado saludó militarmente y se retiró refunfuñando porque su coronel no le había concedido lo que le pedía.

Lara se quedó solo otra vez. Quitóse el traje de paisano y se puso su uniforme, por-

que quería morir con él si el destino lo disponía así.

La puerta del camarote se abrió y entró Amadeo vestido también de uniforme; parecía que los dos hubiesen tenido la misma idea.

—¿Cómo estamos, querido Arturo?

—Ya lo veis, Amadeo, esperando la hora.

—No puede tardar, dijo Laubespierre consultando su reloj; las once y treinta y cinco.

En aquel momento sonó un golpecito en la puerta.

—Adelante, dijo Lara.

La puerta se abrió y entró el coronel Rakowski.

A su traje habitual, consistente en una levita militar sin distintivo alguno, había reemplazado el uniforme de coronel de húsares de la guardia. Rakowski estaba desconocido, parecía otro.

—Bien venido, coronel, dijo Lara tendiéndole la mano.

—Aquí me teneis á vuestras órdenes.

—He comunicado mi plan al príncipe y me ha dado su aprobación, dijo Rakowski á Amadeo.

—¿Qué es eso de plan? preguntó Lara.

—Dispensadnos, Arturo, dijo Laubespierre; mas tarde lo sabreis.

—Podemos salir ya, dijo Lara.

Los tres coroneles se dispusieron á salir.

—Esperad, dijo Lara. Como podría ocurrir que lord N.... me matase, á pesar de que estoy dispuesto á defender bien mi vida, voy á entregaros un objeto á cada uno para que tengáis un recuerdo mio. Coronel Rakowski, tomad esta pipa; vos que sois gran fumador la usareis mas que yo, pues ya veis está aun intacta como si saliese ahora de la fábrica.

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado:

LUIS FABRA Y CAVERO.

EL MUSEO LITERARIO.

IMPORTANTE.

Estando en prensa el *Almanaque ilustrado* que regalamos á nuestros suscritores perpétuos, advertimos á los que no lo sean que pueden tener opción á él, abonando el importe de los meses que les falten hasta el completo del año.

Los señores suscritores que se encuentran en descubierto de sus pagos, los harán efectivos antes de finalizar el presente mes si no quieren sufrir perjuicio en el recibo de los números y *Almanaque* que pueda corresponderles.

Redacción y Administración: Congregación, 1, 2.º izquierda.

Cesa del cargo de Administrador de EL MUSEO LITERARIO en la Habana D. Ramon de Cozár. Los suscritores pueden dirigir sus reclamaciones al Sr. D. Benito G. Tanago.

PROPIETARIO D. G. F.

Editorresponsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3